

Las tinieblas NO le vencieron

Fuerte frente al mal

Antonio Pavía Martín-Ambrosio



SAN PABLO

Prólogo

De siervo a hijo de Dios

Sabemos que la revelación de Dios al pueblo de Israel, y que conocemos a lo largo del Antiguo Testamento, alcanza su cumplimiento en Jesucristo, el Hijo de Dios. Recordemos, por ejemplo, la exhortación que dirige a sus discípulos poco antes de ascender al Padre: «Después les dijo: Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí» (Lc 24,44).

En este sentido podríamos afirmar que todos los hombres y mujeres del pueblo de Israel que recibieron una misión concreta de parte de Dios llevan en su ser o, mejor dicho, anticipan, algo de Jesús, si es que se nos permite hablar así. Todos ellos forman como un enorme mosaico del Mesías y, a su vez, cada uno de ellos arroja un destello de luz sobre él y su misión. No hay piedra que esté de más en este mosaico, no hay pieza que sobre ni que falte en él. Cada faceta que

Dios imprimió en estos hijos de su pueblo santo es un destello del Señor de la Gloria, así es como Pablo llama a Jesús (1Cor 2,8).

Es perentorio a estas alturas hacernos esta pregunta: ¿Qué pinta Job, qué piedra representa en este mosaico del Mesías, cuál es su destello, su profecía, acerca de él? Si la pregunta se nos antoja un tanto atrevida, más lo es la respuesta, ya que me muevo en el campo de las intuiciones y desde ellas veo surgir multitud de rayos de luz en la vida de Job proyectados hacia Jesucristo. Aceptando, pues, la variedad de respuestas tanto como de intuiciones, me decanto por esta faceta de Jesús absolutamente esencial en su misión: la *kénosis*.

Sí, la *kénosis*, el descendimiento, el despojamiento absoluto de toda dignidad hasta hacerse el último entre los últimos, como escribe Pablo en su Carta a los filipenses con la pasión que tanto le caracteriza: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,5-8).

Hasta tal punto descendió Jesús al último lugar entre nosotros que, estando este ocupado por un ase-

sino bien conocido por todos, me refiero a Barrabás, lo desplazó y se situó voluntariamente debajo de él. Sí, recogió la cruz que correspondía al asesino, la tomó consigo y, despojándose de todo, hasta de sus vestiduras, se dejó clavar en ella.

Así, arrojado al último lugar, último entre los últimos, se vio Job, como quien dice, de la noche a la mañana. No entramos en detalles de este descendimiento brutal, ya que, de una forma u otra, va a ser desarrollado, expuesto, a lo largo del libro; sin embargo y como botón de muestra, nos remitimos a este dato casi macabro, sea como sea, terrible, que nos describe el autor del libro: «Satanás salió de la presencia de Yavé, e hirió a Job con una llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Job tomó una tejoleta para rascarse, y fue a sentarse entre la basura» (Job 2,7-8).

Ahí tenemos a Job buscando como un animal, o mejor dicho, peor que un animal, acomodado entre los desechos e inmundicias, es decir, en el basurero de su pueblo. Él que había sido un triunfador a todos los niveles incluido el religioso, se encuentra postrado en el muladar, en lo más abyecto y degradante de la sociedad; digamos que se hace carne de su carne la profecía mesiánica que Dios puso en la boca del salmista: «De todos mis opresores me he hecho el oprobio; soy el

asco de todos mis vecinos, el espanto de mis familiares. Los que me ven en la calle huyen lejos de mí; estoy dejado de su memoria como un muerto, como un objeto de desecho» (Sal 31,12-13).

La soledad y penuria de Job es total y absoluta. Nadie en quien apoyarse, ni siquiera en su mujer, que aquí aparece como imagen de la humanidad que no ve otra salida al mal que arrojarse a un mal aún mayor, en este caso el suicidio previo maldecir a Dios. Esta es la solución que le propone y que lleva en sí una cierta venganza contra Dios que, suponiendo que exista, le ha tratado tan mal. Se acerca al despojo humano al que ha quedado reducido su marido Job, y con la compasión más falaz que nadie pueda imaginar, intenta persuadirle para que corte toda esperanza de vida, incluida la vida eterna que le viene de Dios, con estas palabras: «¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!» (Job 2,9).

Conocemos la respuesta de Job. Nada de hacer alianza con el mal, nada de mentiras existenciales; lejos de él las soluciones que atenten contra su dignidad como persona, nada de sangres ni violencias como puerta de salida –por supuesto en falso– al problema que está viviendo, el del mal como una espada que le atraviesa cuerpo y alma. Bien sabe Job que toda salida en falso lo único que provoca es que esa espada que

lo atraviesa no sea temporal sino permanente. De ahí la respuesta a su mujer, que no es despreciativa sino iluminadora: «Hablas como una necia cualquiera. Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal? En todo esto no pecó Job con sus labios» (Job 2,10).

Hemos conocido la respuesta que salió de los labios de Job pero no su combate interior. Una respuesta así, tan diáfana, en la que el bien se nos muestra como bien y el mal como mal, sin ningún disfraz de compasión, no se puede dar así sin más. Es fruto de un combate interior vencido. No tenemos la menor duda de que el Príncipe del mal bombardeó el corazón de este siervo de Dios con mil y un argumentos, todos ellos revestidos con valores suyos y por lo tanto satánicos, que le persuaden a adelantar su muerte como punto final de todos sus sufrimientos e incluso como algo digno, dadas las circunstancias que está viviendo.

Hubo –no tenemos la menor duda– este combate cuerpo a cuerpo entre las presiones del Padre de la mentira (Jn 8,44) y nuestro buen amigo que se resistió con fiel entereza, agarrándose con todo su ser a la certeza en la que creía: que Dios seguiría siendo fiel y bondadoso con él; no sabía ni cómo, ni cuándo, ni de qué manera, pero sí sabía que era fiel. Con esta fe arraigada en su corazón y en su alma, apostó por seguir confiando en Él.

Entramos en la esencia catequética del libro de Job. Nuestro personaje decide confiar en Dios aun en lo más profundo de su prueba. La cuestión es que al hecho de que no podía descender más en el pozo de los sufrimientos y desgracias, se añade un espectro terrible con el que posiblemente no contaba; espectro que siempre se ha hecho presente en todos los hombres y mujeres de fe –los llamamos santos– que jalonan la historia del pueblo de Israel y de la Iglesia de Jesús: la soledad.

Aislado de todos y por todos, incluida su mujer, exorcizado a causa de su miseria, indignidad y enfermedad repelente, no tiene en quién apoyarse, ni siquiera para, como quien dice, tomar aliento. En esta situación, terrible donde las haya, se nos dice que «tres amigos de Job se enteraron de todos estos males que le habían sobrevenido, y vinieron cada uno de su país: Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat. Y juntos decidieron ir a condolerse y consolarle» (Job 2,11).

Unas líneas rojas

Nadie duda del buen corazón de estos amigos. No vinieron a visitarle desde un lugar más o menos cer-

cano; se nos especifica que cada cual vino desde su propio país, lo que nos lleva a pensar en un viaje bastante largo y pesado, con los inconvenientes propios de aquellos tiempos. Sin duda amaban a Job, también sin duda eran profundamente generosos y caritativos. Sin embargo, no pudieron consolarle, levantarle el ánimo. Fue tal el horror que encontraron en él que ni siquiera acertaron a reconocerle; la magnitud de la desgracia que se había abatido sobre él les dejó sin palabras: «Desde lejos alzaron sus ojos y no le reconocieron. Entonces rompieron a llorar a gritos. Rasgaron sus mantos y se echaron polvo sobre su cabeza. Luego se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande» (Job 2,12-13).

Insisto, no ponemos en duda la buena disposición de estos tres hombres, su capacidad de sacrificio, su generosidad a todas luces encomiable; sin embargo, toda su buena voluntad, su disponibilidad que raya el heroísmo, se ve frenada en seco ante el sufrimiento de Job, digamos que les supera. Y es que hay manifestaciones del mal, en este caso su amigo desfigurado, ante las cuales todo hombre es impotente. Sí, hay marcadas como unas líneas rojas en nuestros sufrimientos que nadie, ni el mejor de los padres, madres, hijos, hijas, marido, mujer o amigos pueden traspasar.

Encontramos en el evangelio de Lucas una parábola de Jesús que arroja una gran luz, que nos permite entender la impotencia que amordazó a los amigos de Job. Parábola que visualiza esas líneas rojas que nos impiden a todos llegarnos al hombre apaleado, despojado y herido que, casi sin saber cómo, ha sido arrojado más allá de las líneas rojas de nuestra compasión, de toda compasión simplemente humana.

No estoy en absoluto despreciando nuestra capacidad de ejercer la caridad, del volcarse hacia el otro, acoger al sin techo, al refugiado, al hambriento, etc., ¡no, en absoluto! Más aún, tendríamos que inclinarnos ante esa multitud de hombres y mujeres que desinteresadamente y sin ningún afán de protagonismo hacen causa común con los más pobres, desheredados e injusticiados de la tierra. Vaya por delante mi reconocimiento y afecto sincero hacia ellos. Estoy simplemente haciendo notar que las líneas rojas que los amigos de Job no pudieron traspasar permanecen ahí marcadas, y que solo por Dios y desde Dios pueden ser borradas y traspasadas.

La parábola de Jesús a la que me refiero es la que conocemos bajo el título de «El buen samaritano». A todos nos es familiar este pasaje evangélico que empieza así: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó». Orígenes, Padre de la Iglesia del siglo III,

señala que este hombre que baja hacia Jericó está abandonando la ciudad santa de Dios, centro de su Gloria y Santidad, y dirige sus pasos hacia una tierra sin Dios, o peor aún, sometida a los dioses inventados por los hombres.

Es muy acertada la observación de Orígenes. Este hombre que abandona Jerusalén parece que se ha cansado de estar frente a Dios y decide darle la espalda. Se siente como asfixiado, oprimido en sus libertades más profundas. El problema es que «liberado de Dios y de sus opresiones, de sus manos [sin duda pensó que así le iría mejor] cayó en manos de salteadores que, después de despojarlo y golpearlo, se fueron dejándolo medio muerto» (Lc 10,30b). Creo que empezamos a encontrar similitudes entre este hombre arrojado, malherido, a lo largo del camino hacia Jericó, y Job que ha llegado a ser una llaga viviente arrojado en un mar de miserias.

Job fue visitado por unos amigos que no tardaron mucho en darse cuenta de que había un abismo infranqueable entre lo que creían que podían hacer por él y la espantosa realidad con la que se chocaron abruptamente. También este hombre malherido al borde del camino es, si no visitado, sí avistado por dos hijos de Israel: un sacerdote y un levita: «Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo.

De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo» (Lc 10,31-32).

Ambos lo vieron, pusieron en él sus ojos y, sin embargo, dieron un rodeo y siguieron adelante en su camino. No pensemos en absoluto que Jesucristo está utilizando esta parábola para fustigar a los sacerdotes y levitas de Israel por su falta de respuesta, por la ausencia de entrañas de compasión ante este hombre a quien unos ladrones habían dejado moribundo en su camino hacia Jericó. Lo que está haciendo Jesús es visibilizar la impotencia de la ley y el culto ante las heridas del corazón y del alma de los hombres.

Sabemos que los levitas tenían encomendado el estudio y la transmisión de la ley al pueblo; a su vez los sacerdotes dirigían el culto y la liturgia. Lo que Jesús está queriendo decirnos catequéticamente es que ni la ley en cuanto ordenanza escrita, ni el culto vacío de la Presencia, pueden hacer nada por el hombre así caído. Solo cuando la ley es gracia, fuerza de Dios al servicio del hombre, es eficaz en él. De la misma forma, el culto que llega a ser presencia de Dios, deja de ser una función más o menos pía y se convierte en luz de su rostro que habita el alma. Así, ante la gracia y la Presencia no hay herida incurable, no hay ni habrá nunca más líneas rojas que impidan a un discípulo del Señor Jesús acercarse al hombre apaleado y tendido en el camino, curarle.

Voy a poner un ejemplo que ilumine lo que acabo de decir, pero antes quiero aclarar que, si convertimos la gracia en dato académico y la Presencia en sentimiento pío o devocional, seguiremos siendo ante las heridas del otro tan impotentes como los amigos de Job o como el sacerdote y levita mencionados por Jesús. Además, con el ejemplo que voy a exponer, creo que nos quedará claro que el Hijo de Dios no tuvo la menor intención –como ya dije– de fustigar ni a los sacerdotes ni a los levitas del pueblo santo.

Vayamos al ejemplo. Imaginemos un hombre dominado por el alcohol; está malgastando su vida, echando a perder su capacidad profesional, destruyendo su familia y no digamos ya su propia salud. Este hombre conoce, sabe y hasta está de acuerdo con todo lo que la ley –recordemos al levita– le puede decir, exhortar y aconsejar. Es consciente de que va hacia la ruina en todas sus dimensiones. Tan inútil como recordarle lo que ya sabe, que a veces no es sino un echarle en cara sus miserias, sería invitarle a la práctica de los sacramentos. Lo máximo que se podría esperar de una «presión» así sería lo que nos dice Jesús parafraseando a Isaías: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15,8).

Sus heridas pertenecen a Dios

Hemos dejado a los amigos de Job, igual que al sacerdote y al levita, impotentes ante las heridas internas y externas del hombre en general. El problema, o mejor dicho, el paso en falso que se puede dar en estos casos, y de hecho los amigos de Job lo dan posteriormente, es el de ser tan pretenciosos, o quizá tan inconscientes que, a pesar de la imposibilidad manifiesta de poder curar las heridas de su amigo hurgando en su conciencia, buscando culpabilidades, convirtiendo así el dolor de Job en un tormento devastador...

Sí, bastante tiene ya el pobre Job con la prueba a la que le está sometiendo Satanás para que vengan estos que, ufanos de su sabiduría, le quieren hacer creer que es merecedor de esta prueba a causa de sus culpas. Digámoslo sin tapujos: estos hombres que empiezan con palabras amables, terminan clavando inmisericordemente sus puñales en su alma como dolorosamente susurra el salmista «su boca es más blanda que la manteca, pero desean la guerra; sus palabras son más suaves que el aceite, pero son puñales» (Sal 55,22).

A fin de cuentas, los amigos de Job, ante la impotencia que les golpea, terminan por justificar su prueba echando mano de su culpabilidad. Por su parte, tanto el sacerdote como el levita, también ante su impoten-

cia de curar al hombre herido, se justifican dando un rodeo para no hacerse cargo de sus heridas. Unos y otros, sin saberlo, claman al Emmanuel, al Dios con nosotros, con el altavoz de nuestras heridas, aquel de quien Pedro dijo: «Con cuyas heridas habéis sido curados» (1Pe 2,24b).

El problema de querer resolver los males internos del hombre con soluciones a ras de tierra, es decir, desde la mayor o menor amplitud de nuestra mente, es que el tiempo saca los resultados, escasos, a la luz. Lo que parecían soluciones, resultaron ser placebos. Quien más quien menos ha echado mano de ellos, y termina dándose cuenta con rabia y frustración de que le han estado o se ha estado engañando. No se puede salir de un mal caminando en círculos sin puerto alguno al que llegar. Creíamos caminar y de pronto nos encontramos en el puerto de salida nuevamente.

Entendámonos bien. Todo lo que Dios ha creado es bueno: amor, sexo, sabiduría, riquezas naturales y tantas cosas más. La cuestión es que el sabio según Dios disfruta de todo ello, le saca partido, porque lo tiene bajo sus pies, a su servicio. Establecida esta jerarquía, el sabio administra, vive, disfruta e incluso tiene la libertad de abstenerse porque la bienaventuranza del Evangelio le conduce no en círculos sino por el camino de la Vida; vive tan intensamente de la sabiduría de su

Maestro y Señor (Mt 23,8), que toda palabra suya que guarda en el corazón le lleva a plenitudes desconocidas.

El problema de los amigos de Job no fue otro que el de no tener la humildad para aceptar el silencio de Dios, esperando no una o unas palabras más o menos vacías, sino la Palabra que convierte en luz toda oscuridad; se creían sabios y eran ciegos, y aun sí pretendieron guiar a Job con sus moralismos. Ya sabemos lo que dice el Hijo de Dios acerca de estos ciegos que pretenden erigirse en conductores de almas: «¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?» (Lc 6,39).

La grandeza de Job es que no se dejó guiar por estos hombres. Sin duda que no comprendía lo que le estaba pasando, sabemos que se revolvió ante su prueba, ante el silencio de Dios, pero no estaba en absoluto dispuesto a que unos hombres, por muy amigos suyos que fueran, le dieran respuestas académicas sacadas de su manual. Él necesitaba respuestas de la fuente de la sabiduría (Bar 3,12b). Y así como perseveró en su entereza rechazando la salida en falso que le propuso su mujer –como ya pudimos ver–, con la misma entereza perseveró hasta que Dios le visitó y su Palabra se hizo alma de su alma.

La resistencia de Job a las soluciones fáciles, las que entran por los sentidos, las que van y vienen cho-

cándose unas con otras en una especie de emulación para ver la que es más acertada y definitiva, cuando en realidad ninguna lo es, anuncia proféticamente uno de los rasgos más prominentes y visibles que caracteriza a todo discípulo del Señor Jesús: su indomabilidad.

Al igual que Job, indomable, resistente a la banalidad de los argumentos de sus amigos, también el discípulo de Jesús es indomable a todo aquello que, de una forma u otra, tiene pinta de falsedad, de medias tintas, de apariencia, aunque dios –lo escribo así con minúscula porque no es el Dios vivo– no deje de ser nombrado por sus labios, e incluso citado en documentos o proposiciones.

Frente a todo dios así, el discípulo de Jesús será siempre indomable, tanto que solo aceptará ser vencido por el mismo Dios; el único por quien todo hombre que se precie aceptará ser vencido, o mejor dicho, ¡liberado! Libres de todo y de todos, a todos aman y a nadie rinden culto, están más allá de toda prebenda humana, las adulaciones les duelen porque saben de su carcoma destructiva; se abrazan con pasión inmortal al Evangelio, pues en él descubren y encuentran a su Señor, encuentran el amor que «no busca su propio interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.

Es el amor que no termina nunca» (1Cor 13,5-8a). Llevan sus palabras de espíritu y vida (Jn 6,63b) en todo su ser, en sus ojos, en sus manos, en cada uno de sus gestos y, sobre todo, en sus labios.

Job, el indomable, el que aun sumergido en el sufrimiento más terrible que jamás hubiera podido imaginar, sigue esperando que Dios le hable. Sí, Dios, no los hombres por falta de perspectiva. Job espera la voz en el silencio... y la voz resonó y puso a cada uno en su sitio, a él y a sus amigos: «Yavé dijo a Elifaz de Temán: Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado con verdad de mí, como mi siervo Job» (Job 42,7).

Esto dijo Dios después de que el indomable se rindiera ante Él. Lo hizo con una confesión de fe que a mí personalmente me parece la más bella y profunda entre las muchas que encontramos a lo largo de la Sagrada Escritura: «Job respondió a Yavé: Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable. Era yo el que empañaba el Consejo con razones sin sentido. Sí, he hablado de grandezas que no entiendo, de maravillas que me superan y que ignoro [...]. Yo te conocía solo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos» (Job 42,1-5).

Te conocía de oídas. Hasta ahí –y que está bien– podemos decir que Job es un hombre versado en las palabras escritas de la Biblia. Se podría saber de

memoria libros enteros como el Éxodo, el Deuteronomio, el Génesis, etc., algo por cierto bastante común entre los hijos de Israel, pero que a nadie le sirve de gran cosa ante la prueba. Te conocía de oídas, casi como diciendo: me aprendí todo lo que nuestros padres escribieron sobre ti; pero ahora, en este pozo de sufrimientos en que me he visto sumergido, en el abandono de todo, en la soledad que casi me desmorona por completo... ¡te he conocido en espíritu y verdad! ¡Mis ojos te han visto! «Mis ojos te han visto», en la espiritualidad y lenguaje bíblicos significa que un hombre ha conocido íntimamente a Dios; por lo que podemos afirmar que lo que Job está diciéndole es: ¡Ahora sí, ya soy tuyo y tú eres mío!

Job es presentado en la Escritura como hijo de Dios por derecho propio. Huyendo de toda falacia, solución fácil, huida hacia delante, supo esperarle donde nadie, solamente desde su sabiduría humana, como la de sus amigos, podría esperar. También él, al igual que Abrahán, «esperó contra toda esperanza» (Rom 4,18). Se adelantó a los discípulos de Jesús, a aquellos de los que él como buen Pastor, dijo: «Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí» (Jn 10,14).

En este sentido podríamos decir que Job anticipa proféticamente la filiación divina alcanzada por Jesu-

cristo para todos los hombres. Es nuestra fe en él la que nos hace pasar de siervos de la ley a hijos de Dios: «Antes de que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de la ley [...], mas, una vez llegada la fe, ya no estamos bajo el preceptor. Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál 3,23-26).

© SAN PABLO

Índice

	<i>Págs.</i>
Prólogo: De siervo a hijo de Dios.....	7
Unas líneas rojas	12
Sus heridas pertenecen a Dios.....	18
I. ¿Dónde está mi Padre?.....	25
¡Rompe con Dios!	30
Nadie es justo ante Dios	36
Cuando se tambalea la fe.....	41
II. La apostasía como solución	47
Desfallecimiento del alma	52
Indomable ante el Tentador	57
Titulares engañosos	63
III. Perseverancia amorosa	69
Hacia la fe adulta	74
Yo sé, yo creo y espero	79
Dios, fiador de Job	85

	<i>Págs.</i>
IV. La nube tenebrosa	91
Sus buenas obras.....	96
Angustia y desvaríos	102
Rehabilitado por Dios.....	107
V. La fuerza de su alma	113
Dios acota el mal.....	118
¿Se desentiende Dios?	124
La gracia, no la ley.....	129
VI. Dios en tus soledades.....	135
La verdad se abre camino	141
Con sabiduría, aunque a tientas	145
Dios le hizo hijo suyo	151
VII. ¡Háblame, Dios mío!.....	157
Las antenas del corazón	162
Forcejeo con Dios.....	168
Confidencias.....	173
VIII. Y dijo Dios... ¡Hagamos la fe!.....	181
Bajo la tutela de Dios.....	186
La niña de sus ojos.....	192
El que busca... adora.....	198